

# CRISTINA

## Jiménez frías

ARTĒA  
2022



Las palabras nunca alcanzan  
cuando lo que hay que decir  
desborda el alma  
JULIO CORTÁZAR

Identificar el significado de un objeto es complicado, pues con frecuencia se lo asocia con su funcionalidad: con aquello para lo que fue hecho. Sin embargo, el significado de un objeto es siempre más que su funcionalidad. Un objeto es, para ponerlo de algún modo, una compleja red de relaciones que atraviesan el cuerpo y lo afectan de formas distintas: es la historia que lleva detrás (la persona que lo hizo, sus fantasmas), pero también, y sobre todo, es la historia que está siendo. Fundamentalmente, un objeto es su presente, a saber: la persona que lo usa, la forma en que es usado, el propósito que motiva ese uso.

Esta obra se preocupa por la forma en que un objeto puede ser entendido desde la memoria. A través de la intervención de nueve de ellos, pertenecientes a nueve personas fundamentales en mi vida, reconstruyo, a partir del recuerdo que me evocan, lo que para mí implica su significado. Porque si algo está en juego en mi obra es la emoción, la manera en la que un objeto dado puede interrogar, y porque un recuerdo es siempre emoción, resto, un pedacito de lo que fue. Por eso no hay rostros y solamente hay escenario. No me interesa representar a las personas que escogí, como a lo que siento cuando pienso en ellas a través de la interacción con ciertos objetos que les pertenecían. Todo lo que tiene que entenderse o todo lo que quiero que se entienda está contenido dentro de mi intervención. Lo que hay es lo que basta para comprender cada recuerdo que propongo en términos de trama y temporalidad.

Y para reconstruir, tejo. Tejo mi sensación, y en la tela mezclo lo mío con lo otro: en mi composición, que es textil predominantemente, voy contando la historia de un objeto a varias voces; entrecruzo, entre hilo e hilo, mi visión sobre el objeto con la de su dueño. Y si una cosa es cierta es que mi obra me involucra a mí y a las personas que escogí, pero sobre todo involucra al espectador. No es gratuita la exploración sensorial que supone

la interacción con ella, que es todo lo que atañe al material en que está construida, a los colores que usé, a la textura y, en general, a la composición que escogí.

Silvia Japkin confirma la idea de que el arte y la vida son un tejido en donde se plasma la experiencia humana. Erika Diettes, en su exposición Relicarios, busca mantener la memoria de una situación, de objeto o de un alma convirtiéndola en algo con valor, en una reliquia. Al fin y al cabo, eso terminó siendo cada una de las nueve obras que componen esta obra: una reliquia íntima que, dentro, contiene al mundo; el mío, por un lado, y el del dueño o dueña del objeto determinado por otro. Terminó siendo un espejo, pero uno que no me refleja individual, como cosa, sino múltiple: en él yo no soy yo, sino todas las personas que escogí para la obra, mi tristeza, la vulnerabilidad de exponer mis sentimientos; un espejo en el que soy las conversaciones con esas personas y el silencio de esas conversaciones.

María José, Ángel, Martín, Daniel, Diego, Verónica, Luisa, Flechas y yo.

